

C.E.N.A.

92

B825oo

C.R.

43013

CORONA FÚNEBRE

A LA MEMORIA

DE

Juan Diego Braun.



San José de Costa-Rica.

Imprenta Nacional.

1885.

UNA NOTA.

La pequeña corona que al fin he tenido la fortuna de llevar á término con el concurso de algunos amigos inteligentes y laboriosos, no debe ser considerada, oh lector, sino como una mera expresión de la simpatía que siempre inspiró el malogrado Bello, (así le llamaban generalmente sus amigos) ó bien como un grupo de lágrimas y de quejas que la dulce amistad consagra á su memoria.

*Los que, fieles al cariñoso recuerdo de Juan Diego, han contribuido con sus quejas á la preparación de esta ofrenda fúnebre, no han pensado nunca en hacer profesión de **le literaria**: quisieron solamente merecer el título de amantes del mérito y, sobre todo, de leales á la amistad.*

Me creo en el caso de llamar muy particularmente la atención hacia el trabajo poéticamente delicado, y que lleva la firma de una incógnita—Fidelia Clementina.— Conviene saber quién es ella. La composición revela un buen corazón, un talento claro, amor á lo bello y numen que aletea bien allo.

La simpatía, lector, que vais á sentir por la poetiza ignorada, en leyendo sus versos, tendrá todavía mayor fundamento si consideráis que esa Misteriosa lleva prendida á su seno la flor más pura de la modestia.

Con los preciosos versos, recibí también una carta; y hé aquí un párrafo de ésta:

“Usted sabe, Señor Viquez, que las jóvenes no hemos tenido en Costa-Rica educación literaria. Yo no he estudiado la métrica ni las reglas del arte.— Cuanto escribo es comparable á esas flores, como la SANTA LUCIA, que brotan espontáneas en nuestros campos.”

El joven poeta Rubén Darío, cuya alta inspiración, por ser bien conocida en este país, no necesita de nuestros elogios, tuvo la fi-

neza de enviarnos un soneto para esta corona.

Rubén Darío jamás apretó la mano de nuestro inolvidable Mello, pero en cambio era su hermano en el corazón y el ingenio; y eso fué bastante para que él le consagrara un vuelo harto feliz de su pensamiento.

No cumpliríamos con nuestro deber, si no enviásemos cariñosa expresión de gratitud al inspirado poeta nicaragüense.

Creo que estoy en la obligación de manifestar que nada ha costado el trabajo material de la corona.—La bondad del Señor Presidente de la República y el empeño del Señor Ministro de Gobernación pusieron en mis manos todos los recursos materiales que hube de necesitar, para llevar á cabo la obra que hoy tengo la honra de ofrecer al público.

Pia Viquez.

JUAN DIEGO BRAUN BONILLA.

Difícil tarea la de juzgar á un hombre cuyos restos, aun calientes, más llaman el llanto á los ojos que la severa crítica á la mente. Insuperable se torna la dificultad si ése fué un joven querido de toda la sociedad, que en él veía una esperanza, la cual,—ya tronchada en flor por la hoz impía de la muerte,—hacía presentir un genio que no tuvo tiempo de desarrollarse y mostrar toda su grandeza, pero cuyos primeros destellos iluminaron suavemente en su crepúsculo matutino el vasto y espléndido panorama de la vida.

Si ese espíritu, que ha dejado de comunicarse con nosotros poco ha, estaba tocado de la sublime *enfermedad* de la poesía, y si, ya en hondos suspiros arrancados por el dolor á su corazón, ó en límpidas notas que el amor hizo exhalar al pecho apasionado, elevó dulces cantos; ó en fin en sátiras punzantes mostró alguna llaga social á la turbia vista del poderoso á curarla, ó al escarnio y la befa del siglo intolerante,—visto el numen á través del prisma de la crítica,—encuentra uno, en esta época de indecisión é indiferentismo, todavía mayores inconvenientes para juzgar el mérito de quien sólo comenzaba á remontar su vuelo, caballero en el pujante Pegaso, hacia las altas cumbres parnásicas, refrescada la frente en la trasparente linfa de Hipocrene y guarnecida del codiciado ramo de Dafne,—en la izquierda mano la resonante concha de Orfeo y en la diestra el tirso florecido de Apolo.

Dejados ya los esplendentes velos del mito, la poesía moderna tiene altísimo papel que desempeñar en el drama de la vida. Si Faetón osó atrevido tomar las riendas del carro fulgente del astro del día, para precipitarlo inexperto en el hondo abismo, el poeta del siglo XIX, rigiendo con vigorosa mano los desenfrenados corceles del genio y la inspiración, pretende,—y acaso llegue á conseguirlo,—dirigir el raudo triciclo de la civilización, iluminando al mundo con la antorcha inextinguible del progreso.

El bardo del siglo de las luces ha de ser filósofo, pensador profundo, severo juzgador de la vida; promisor incansable de un ideal, á que en vano la prosa rastreadora intentaría elevarse, pero incesante investigador de la realidad; si cantor melodioso del placer fugaz ó del intenso dolor, moralista severo, austero juez del mundo y de sí propio; si arrebatado en la brillante y expresiva pintura de la pasión, perseguidor eterno del vicio que deforma corroyendo las entrañas de la sociedad. Al poeta de nuestro siglo le corresponde, en la lucha por la vida, el puesto más peligroso,—pujante atleta que, golpe tras golpe, ostenta inagotable vigor y ánimo no turbado, ni vacilante.

Que uno es entretener agradablemente el oído con pomposa frase, algo semejante á los dulces susurros que la brisa forma á través del follaje, y otro tocar *siempre* con la palabra viviente las fibras del corazón y conmover el alma en su asiento, como ráfaga poderosa que pasando sobre las montañas zumba y resuena, limpiando la atmósfera de miasmas deletéreos; como huracán que rompe y despedaza los vetustos troncos car-

comidos, para abrir brecha á los rayos vivificantes del sol, que recaliente el suelo y le haga brotar nuevas y robustas generaciones de plantas; como aquilón que estremezca la adormida tierra, y despierte y ponga en actividad á cuanto vejeta en el perezoso y oscuro seno de la selva.

Si fuera de esta grandeza de los fenómenos naturales, paralelos á los del espíritu, se lanza el poeta hacia lo ideal y canta las hazañas y virtudes del héroe ó del mártir, ó las del hombre de bien y del sabio, más tranquilas y pacíficas que aquéllas, pero no menos bellas y fecundas: entonces lo vemos cerniéndose como condor de altísimo vuelo sobre la sociedad humana, ya pinte aquellos cuadros agradabilísimos en que la viveza del colorido atrae la vista, ya aquellos que por la rudeza magistral de sus tonos han de mirarse de lejos; ora los de oscuro aspecto ó los que piden la plena luz para mostrar sus esplendentes bellezas, sin temer el severo juicio del crítico; ora aquellos cuya apariencia encanta á primera vista, ó los que jamás cansan nuestros ávidos ojos:

“*Ut pictura, poësis: erit que, si propius stes,
Te capiet magis; et quædam si longius abstes.
Hæc amat obscurum; volet hæc sub luce videri,
Judicis argutum que non formidat acumen:
Hæc placuit semel; hæc decies repetita placebit.*” (*)

Pero el gran destino de la poesía moderna nos parece que está representado en el teatro: el drama encarna la vida social sobre la reducida escena; es la acción dramática trasunto é imagen concentrada en un foco, del movable, inmenso escenario de la vida; espejo de las costumbres del siglo y ejemplo vivo en que el arte

[*] HORACIO, *Epist. de Arte poetica*, vers. 361-365.



combina la acción y la palabra, donde el movimiento y representación de lo real hiere generalmente el sentido del modo más poderoso y eficaz:

“*Seguius irritant animos demissa per aures,
Quam quae sunt oculis subjecta fidelibus, et quae
Ipse sibi tradit spectator.*” (*)

El teatro es el verdadero campo donde el genio poético libra sus altas batallas, y donde empolvado y jadeante como el olímpico atleta recoge el lauro inmarcesible de la victoria.

I.

Juan Diego Braun Bonilla nació en esta capital el día 5 de agosto de 1859, hijo de Don Juan Braun, natural de Alemania, y de Doña Elena Bonilla, costa-ricense. No vamos á hacer su biografía, que en otra parte de este opúsculo figura, sino á trazar en tenue delineamiento los rasgos salientes de su ingenio poético, y para ésto hemos de comenzar recordando que su señor padre, aunque de profesión farmacéutico, erudito y peritísimo en latín y griego, estaba familiarizado con ambas literaturas y las cultivaba con afición suma; no solamente las estudiaba, sino que escribía con bastante habilidad, tanto en prosa como en verso, en el sonoro y bien entonado idioma de Virgilio.

De estas aficiones del padre parece natural que arranquen las tendencias del hijo al trato de las musas, y demás de ésto, el haber hecho sus estudios de Humanidades en el colegio, Instituto provincial de Cartago, entonces bajo la dirección del Doctor Don Valeriano Fernández

[*] Id. *ibid.* 180-182.

Ferráz,—donde igual atención se prestaba á las ciencias positivas que á las bellas letras,—contribuyó en gran manera á afirmar en él el amor á la Belleza, informando su espíritu en la Poesía. No tenía 15 años todavía cuando el 24 de diciembre de 1874 recibió en dicho establecimiento el grado de Bachiller en Artes, con brillante calificación. El recuerdo del pequeño Juan Diego, durante su permanencia en el Colegio de Cartago, siempre será grato á los que fuimos sus maestros, así como á sus compañeros de estudios.

Revelábase en MEYO, (*) desde esa tierna edad, al par de una voluntad decidida y tenaz, cierto tinte de carácter melancólico y soñador, y con frecuencia sentía en su alma el aguijón de la gloria que lo alucinaba; pero ésto no empecía las determinaciones positivas que hubo de tomar conforme á las circunstancias que le marcaban un sendero especial. Su vocación era la medicina, pero no pudiendo seguir en el país esa carrera, pasó del colegio á la Universidad de esta capital, donde con aprovechamiento notable tomó el grado de Bachiller en Derecho el 14 de setiembre de 1875, teniendo apenas 16 años, y el de Licenciado en dicha facultad el 24 de julio de 1882, después de los correspondientes años de pasantía. No contaba aún 23 de edad.

Su padre había muerto el 16 de junio de 1880, y ya desde esa fecha colaboraba con su señora madre en la tarea de la educación y sostenimiento de la numerosa familia, de quien después llegó á ser el único y firme apoyo.

De carácter enérgico pero generoso, trabajaba con ahínco incansable para proporcionar á aquel

[*] Así lo llamaban, con cariñoso diminutivo, sus íntimos amigos.

hogar el bienestar y el calor que por la pérdida del honrado padre habían disminuído considerablemente.

Tres años exactos después de esa pérdida, el 16 de junio de 1883, experimentó el noble espíritu de Juan Diego, y sus siete virtuosas hermanas, el rudo golpe, último para él, de la muerte de la madre idolatrada.

Desde entonces Braun fué, á los 24 años de edad, verdadero padre de aquella numerosa familia, y su alma grande y templada en el amor fraternal, se sobrepuso heroicamente á los más grandes infortunios que puedan sufrirse en la vida, dedicándose por completo al cuidado solícito y empeñoso de los seres queridos, que, huérfanos como él, en él tenían nuevo padre.

La atenta consideración de estos hechos, que en cierto modo fueron turquesa en que se amoldó el carácter de Juan Diego Braun, nos hará comprender el tono melancólico que en lo general ofrecen sus obras poéticas. Joven apasionado, oprimíanle los lazos de las prosaicas realidades de la vida: siempre se le ve á través de sus mejores cantos luchando desesperado como Laocoonte entre los anillos de la incertidumbre y del escepticismo. Otras veces, dejándose llevar por la mansa corriente de ilusión dorada, parece que de repente choca contra el imprevisto escollo, y como olas deshechas en espumosa bruma, sus versos se encrespan, y salpican con amarga desesperación su tierno pensamiento.

La profesión de la abogacía, árida de suyo, y poco promisoro en lo general en Costa-Rica, da á su musa de vez en cuando el arma afilada del "rabioso Aquiloco," y entonces la sátira brota

á su pesar de los labios secos por la angustiosa duda, ante la miseria social y contra la ruindad de las pasiones que subleva el interés mezquino.

Espíritu penetrante, mirada perspicaz y comprensiva, encerraba fácilmente en los estrechos límites de una estrofa, á veces de poquísimos y cortos versos, un pensamiento bien concebido y expresado con rotundidad. Generalmente son mejores sus rimas y madrigales que otras composiciones de largo aliento; pero nunca en éstas falta algún trozo verdaderamente poético. Descuidada frecuentemente la forma, jamás falta vida palpitante en el fondo de sus poesías.

Y ésta es circunstancia que lo eleva ante la crítica y le asegura alto puesto en el Parnaso hispano-americano.

II.

De entre las composiciones que hizo en la época de sus estudios entresacaremos para muestra algunos trozos.

Dedicó una sentida poesía á la tumba de su amigo el valiente joven José A. Chamorro, víctima de una arriesgada tentativa política (1877), en la cual se lee este enérgico cuarteto:

“Que así cual brilla entre la noche umbría
la estrella de los nautas, placentera,
siempre serás, en su *empañada esfera*,
astro brillante de la patria mía.”

Pero el profundo pensamiento, el germen del majestuoso árbol de la poesía filosófica, que ya en él se desarrollaba, se encuentra en su valiente oda *Á Dios* (1878), de la cual son parte las estrofas siguientes:

“Por éso, ay Dios, cuando yo vine al mundo
vilo á través de fúlgidos amores,
adormecido bajo un sol fecundo
en el regazo de brillantes dores.

Pero después, el huracán violento
la flor de mi esperanza deshojó;
y sin amores, ni placer, ni aliento
mi corazón en la ansiedad cayó:

y en medio del pesar y la agonía
mi vista en vano ansiosa te buscaba,
que en los crespones de la noche fría
el resplandor de tu bondad no hallaba!”

En el género erótico las tiene bellísimas; de una naturalidad conmovedora y que revelan á la vez un corazón bien puesto. Nos permitimos citar una parte de la composición *Para un álbum*, cuya fecha ignoramos, en donde á vueltas de un delicado contraste, déjase sentir como una previsión de su triste y prematuro fin:

“Ambos, oh niña, en la vida
llevamos opuestos giros:
tú en la ilusión embebida
vas por la senda florida
del amor y los suspiros;
yo entre tanto, en noche umbría,
surco el mar de la ansiedad
á la ventura y sin guía,
cual hoja que arrastra impía
horrisona tempestad.

Y si á veces ¡ay! levanto
hacia los cielos mi voz,
no es de esperanza mi canto,
porque es triste como el llanto,
y amarga como un adiós!

Soy un pájaro que vuela
por el desierto, perdido,
en cuyo canto revela
que ya la muerte recela
por su acento dolorido.”

En un poemita en que con frase melancólica

pinta sus rudos pesares, que le han como enca-
llecido el alma, hallamos los siguientes cuarte-
tos (*A Teresa*, 1882):

“Sin rumbo y dirección el triste leño
entregado al embate de las olas
era ¡infeliz! su porvenir *risueño*
¡ay! perecer en el abismo á solas.

El cielo tempestuoso parecía
inmensa catarata desbordada,
y en torno de mi nave no se oía
más que el rugir de la tormenta airada.

Amenazaban mi camino incierto
dos abismos terribles de la vida:
el cielo arriba, de terror cubierto,
la mar abajo, de terror henchida.

Pero viniste tú....celesle efluvio
del amor de los cielos mensajero,
oh! paloma que á mi arca en su diluvio
trajo el olivo del amor primero.”

A la misma fecha pertenecen los siguientes,
en que juega un bellissimo contraste, que él titu-
ló con razón *Lucha*:

Al entrar en la lucha de la vida
ignoro cuáles armas excoger:
la diosa del amor compadecida
me aconseja el perdón para vencer.

Pero el genio del odio más terrible
que el mundo derramó en mi corazón,
me dice que es el arma preferible
la venganza sin tregua y compasión.

Así el amor y el odio á un tiempo mismo
sus armas me presentan al luchar:
¿ indeciso entre el cielo y el abismo
¡ay! no sé si vengarme ó perdonar.”

Otros muchos trozos pudiéramos citar que re-
velaran por completo el carácter poético de Juan
Diego Braun; pero el mejor elogio que de sus

poesías puede hacerse es reproducirlas: es necesario leerlas para sentir con el autor, llorar con él, ó como él reir. La publicación de los versos de Braun entendemos que será acogida con verdadero entusiasmo.

De propósito no hemos citado ningún trozo satírico, porque contra la opinión de algunos de sus amigos, creemos que Juan Diego no escribió en ese estilo composición importante.

Tampoco se ensayó siquiera, según creemos, en el género dramático, ni en lo general hizo nunca obra de largo aliento.

La corona fúnebre de Juan Diego Braun es un verdadero collar de lágrimas, que son como las perlas que nacen en el fondo del corazón.

La dulzura sin afectación; la duda franca y honradamente expresada; la pena profundamente sentida: son cualidades que resaltan en las obras del joven poeta que hemos perdido, precisamente cuando comenzaba á producir obras que en él auguraban al verdadero poeta.

JUAN F. FERRÁZ.

San José, C. R., mayo de 1885.

UNA TUMBA.

—:—

El Licenciado Don Juan Diego Braun, pasó del ser al no ser en la noche del 11 del corriente.

Quisiéramos tener privilegiada inteligencia, para reflejar en un sólo pero hermoso pensamiento toda la generosidad de su alma; todos los incidentes de su vida durante su viaje por este mundo de eterna lucha; más aún teniéndola, ¿cómo hacerlo si el velo fúnebre envuelve y oprime nuestro espíritu, si el dolor intenso nubla nuestra mente?

Cuando al aleye soplo de la muerte vemos a pagarse existencias llenas de vida y de esperanzas, y más aún, cuando esas existencias son como la sávia que da vida á otros seres; cuando ellas son como la piedra angular en que descansa el edificio de una familia numerosa que queda en la orfandad, entonces nos revelamos contra esa ley que, ciega y fatal como la tempestad, troncha los más gallardos tallos.

En el acaecimiento de ciertos fenómenos la duda asalta.

Cuando en un instante de recogimiento, como “metidos en nosotros mismos” queremos consolarnos, queremos disculpar nuestro enojo, dirigimos nuestras miradas á ultratumba y nada se nos presenta á la contemplación, que llene nuestro espíritu, y si insistimos más y más, en-



tonces el vértigo se apodera de nosotros y nos perdemos en el seno del infinito.

Las relevantes virtudes de Braun, templadas al calor de los besos paternales en un hogar modelo, su talento y su amor al estudio le preparaban un brillante porvenir.

Nació en esta capital el 5 de agosto de 1859. A muy corta edad se consagró á los estudios, é hizo los de humanidades en el Colegio de San Luis Gonzaga, dirigido por el Doctor Don Valeriano Fernández Ferráz; rindió siempre lucidos exámenes, debido á su aplicación y á su clara inteligencia.

No contaba todavía diez y seis años, cuando el 24 de diciembre de 1874 obtuvo el grado de Bachiller en Filosofía.

Continuó sus estudios profesionales en la Universidad de Santo Tomás y el 14 de setiembre de 1875 se graduó de Bachiller en Derecho.

Ya pasante en leyes, ocupó algunos puestos públicos de consideración, los que desempeñó con la honradez y lealtad que le caracterizaban.

En 24 de julio de 1882 recibió el grado de Licenciado en Jurisprudencia. Algunos días antes había renunciado de la Secretaría del Supremo Tribunal de Justicia, que desempeñó con acierto, para consagrarse al exclusivo ejercicio de su profesión.

Como Jurisconsulto fué honrado, activo y laborioso; á pesar de que la ciencia del Derecho se conforma bien poco con las personas de imaginación ardiente; porque no son las Siete Partidas ni la Instituta de Justiniano lo que, como los variados cuadros de la naturaleza ó los dolores de la humanidad, arrancan armoniosas notas del laud del poeta.

Braun como vate, cantaba en el lenguaje divino del Olimpo, todas sus tristezas, todas sus alegrías, todas sus esperanzas.

La literatura patria—hoy enlutada—queda enriquecida con sus bellas producciones.

Su modestia era excesiva: ella no le permitió salir á las tablas el 12 de julio del año próximo pasado, á declamar una obra suya, en que cantaba á uno de nuestros políticos de más elevada consideración nacional, en la celebración de su primer centenario.

El 16 de junio de 1880 la muerte le arrebató á su padre, Don Juan Braun, y al instante surge el tristísimo cuadro de la orfandad y desde ese momento, Juan Diego—el hijo tierno—se convierte en padre amoroso y solícito de sus siete hermanas, y ya en esa posición en el seno de su familia, se enardece su alma y sus virtudes se ensanchan; trabaja y forceja sin descanso para llenar, del mejor modo posible, el vacío que dejara el autor de sus días.

No bien había acabado de apurar la copa que amargó los días de su existencia, cuando un nuevo y rudo golpe volvió á abrir su lacerado corazón: el 16 de junio de 1883 vió Braun descender al sepulcro á su madre querida.

Ni el fuego violento de las pasiones de la edad temprana, ni el peso que llevaba sobre sus hombros le hicieron separarse del camino que se había trazado.

La firmeza en los propósitos del amigo que hoy lloramos, y su inquebrantable voluntad para resistir á los bruscos embates del infortunio se retratan bien en la siguiente estrofa que copiamos de uno de sus más sentidos cantos—del
25 DE FEBRERO.

“Lloremos, sí; mas sin que el llanto doble
La orgullosa altivez de nuestra frente
Que el huracán feroz y prepotente
Jamás abate el corpulento roble.”

La vida del joven poeta y jurisconsulto pasó entre nosotros como un meteoro luminoso; sus fulgores dejan iluminado el camino por donde se llega á la adquisición de las virtudes de hombre público y privado.

Su corazón iluminado por la luz de los más nobles sentimientos nos deja un ejemplo que imitar de amor, de magnanimidad y mansedumbre.

Allá, en la mansión silenciosa, en donde se descansa por vez primera, se abrió la fosa que guarda los restos del poeta y otra se abrió en el corazón de sus amigos, para depositarse en ella reuerdo imperecedero del amigo consecuente y fiel.

De Braun muy bien pudiéramos decir lo que de un grande hombre contemporáneo.

Era “un niño en lo ingénuo, un joven en lo ardiente y un viejo en lo sereno.”

Estos brevísimos apuntes no son sino para dar siquiera una muy pálida idea de la pérdida que experimenta nuestra patria con la muerte de tan digno ciudadano, y las ciencias y las letras con la de su incansable obrero.

Con estas descoloridas palabras que consagramos á la memoria del que fué nuestro amigo, enviamos el más sentido pésame á su inconsolable familia.

San José, 13 de mayo de 1885.

CIPRIANO SOTO.

(De *La Chirimía*.)

UNA LÁGRIMA SOBRE LA TUMBA

DE

JUAN DIEGO BRAUN.

—:o:—

Un joven que muere es una esperanza que se marchita, un cuadro de ilusiones que se desvanece y se apaga como la última mirada con que el alma se despide del mundo, una flor que se deshoja al abrir sus pétalos al sol de la mañana.

Nosotros siempre miramos conmovidos la muerte de un hombre; pero cuando este es joven, tan joven como el Liedo. Braun que aun no contaba veintiséis años, con una alma de tan bellos sentimientos como la suya, con un talento tan distinguido y con ideas tan nobles y elevadas, entonces nuestra alma se impregna de amargura, las más tristes ideas acuden á nuestro pensamiento; y muchas veces, durante esos poéticos instantes del crepúsculo de la tarde, en que la naturaleza toda se viste de dulce melancolía, convidando á la meditación y al recogimiento, consagramos una lágrima al recuerdo del sér que ha muerto.

La sociedad entera, sobre todo la juventud que se levantaba con orgullo llevando en su seno á Juan Diego Braun, se ha conmovido profundamente.

Y es que hay escenas tan dolorosas, tan tristes espectáculos que nos hacen abismarnos en

un caos de insondables y téticas meditaciones.

Muy triste es ver á jóvenes, que como Braun, han emprendido con valor y abnegación heroicas, la ruda lucha de la existencia, sobrellevando con la frente erguida y el ánimo sereno los golpes que á menudo descarga la fatalidad sobre el corazón humano, descender á la tumba en los albores de la vida, cuando después de penosas veladas han conseguido labrarse una carrera que les asegure risueño porvenir, y al contemplarlo con el corazón lleno de esperanzas halagüeñas y la mente henchida de ilusiones, morir, decir adios á esas esperanzas, llevarse al sepulcro tantas ilusiones; naufragar, por decirlo así, al tocar la playa apetecida. Y luego volver la vista hacia el hogar vacío, hacia la familia huérfana y sin amparo, hacia la amistad que llora y la sociedad que viste de luto.

Ver tanto dolor y no desesperarse, y no mirar al cielo con ademán de inmenso desencanto, es no tener corazón ó tener rotas las delicadas fibras del sentimiento.

Y es mucho mayor esa desesperación en medio de la horrible duda que nos atormenta.

¡Quién pudiera descifrar el pavoroso misterio de la muerte!

¡Pudiera la inteligencia traspasar el umbral sombrío de la tumba, y ver, ya la completa destrucción del ser humano, ya la poética resurrección con que el místico sueña en sus éxtasis religiosos!

¡Qué bella sería el alma pura de Braun, destacándose en el azul del cielo y enviando una consoladora sonrisa á su familia y amigos!

Pero es en vano que el hombre se pierda en el abismo de lo desconocido. No hay un rayo

de luz que le guíe en la exploración de lo infinito; la duda será siempre su tormento y su martirio.

¡Ah! No hay consuelo para las penas de la humanidad, no hay tregua para el llanto del hombre desde que la luz de la razón le dejó huérfano y sin la esperanza en que reclinaba su frente enardecida por pasiones tumultuosas ó abatido por el infortunio.

Viene el pesar tras la alegría, el dolor á par del placer. Una sonrisa termina en una lágrima; una risa en un sollozo prolongado. La flor que en la mañana ostentaba su hermosura y su fragancia, trinchada por el cierzo de la tarde, no es ya más que un puñado de hojas secas y marchitas. Las poéticas ilusiones de la juventud se desvanecen como el humo ante la fría reflexión del anciano; los bellos sentimientos que infunden aliento en el alma, se ahogan en la hiel de amargas decepciones.

La vida es un continuo suplicio de Tántalo. Nuestro espíritu siente la sed de lo infinito, tiene aspiraciones á lo ideal, vislumbra en regiones desconocidas algo más grande, más bello, más puro que este miserable sustentáculo humano, y sin embargo no podemos salir de lo finito, estamos condenados á mirar sólo de lejos la tierra prometida.

Pero el bien, la virtud, la ciencia, el trabajo, son los dioses lares de la humanidad. Dichosos los que, como Braun, han rendido durante su vida, adoración á esos dioses. Dichosos los que como él, apesar de una corta existencia, dejan, á su muerte, bello ejemplo que imitar.

Las madres podrán conducir á sus hijos ante la modesta sepultura de Braun, y decirles:



“He aquí un modelo de hijos y de hermanos, de sinceridad y delicadeza como amigo, de perseverancia y dedicación al trabajo, en fin, de virtuosos y nobles sentimientos: imítadle”.

Braun fué poeta cuya lira hacía estremecer las recónditas fibras del sentimiento, llenando el alma de esa dulce melancolía que á veces se apodera del que sufre, de esa triste alegría á que á veces se entregan los que han padecido los golpes de la adversidad.

Amante como el que más de las ciencias y de la literatura, escribió bellísimas poesías, y se dedicó con ardoroso afán al estudio de la espionosa ciencia del Derecho. Llevaba más de un año de ejercer la honrosa profesión de abogado, con acierto é inteligencia, dignos de elogio, cuando la muerte le arrebató del seno de su familia y de la sociedad, y hundió en la nada el brillante porvenir que le esperaba.

Dichoso tú, amigo Braun, que ahora reposas en el seno de la tumba, sin inquietudes, sin dolores de ninguna especie. Ante el muro del sepulcro se estrellan las oleadas de las pasiones humanas. La murmuración no manchará tu honra inmaculada; la calumnia se detiene sobrecogida de respeto al llegar al santuario de la muerte; la envidia tiembla, miserable, ante la idea del no ser; la ira y el rencor no llegan hasta el yerto cadáver; la soberbia se inclina modesta ante la cruz de una sepultura; ninguna de las miserias humanas te alcanzará en ese asilo misterioso. Descansa en paz.

San José, mayo de 1885.

Juan N. Muñillo.

JUAN DIEGO BRAUN.

Escribimos bajo la impresión de un profundo dolor.

Nuestro amigo queridísimo, nuestro compañero en las tareas de la prensa y en las del foro, nos ha abandonado para siempre.

Hacemos un gran esfuerzo para que nuestro puesto de periodista no lo sustituya el del quejoso, por la amarga pena que nos tortura.

Juan Diego Braun murió en esta capital á las diez y media de la noche del once del corriente mes.

Era, á los veinticinco años que contaba de edad, un abogado diestro y uno de los pocos escritores que se esfuerzan en la formación de nuestra literatura patria.

Poeta de sentimiento, temprano dió á conocer esa difícil facilidad con que concebía y expresaba los más bellos sentimientos.

Recordamos bien el día en que sorprendimos los primeros destellos de su genio; compañeros desde las aulas universitarias, fuimos siempre confidentes de sus inspiraciones, y eso nos da derecho para ser ahora sus albaceas literarios *ab intestato*.

La vida de Braun puede condensarse en dos palabras que representan bien las etapas de su existencia:—trabajo y sufrimiento.

Casi niño, perdió á su padre el Doctor Braun, que fué profesor de Latinidad, Griego, Geografía é Historia en la Universidad de Santo Tomás.

Desde entonces hizo del trabajo su religión y suplió en su hogar con abnegación, cariño y recursos materiales, la falta que hiciera el jefe de la familia.

Mas tarde tuvo la desgracia incomparable de ver morir á su madre Doña Elena Bonilla, señora de prendas distinguidas, perteneciente á una de las principales familias de nuestra sociedad.

Juan Diego comprendió la inmensa desgracia que caía sobre su familia, y haciéndose superior á su dolor, empezó á desempeñar desde aquel instante la misión del padre y de la madre de sus siete hermanas, todas menores que él.

Era un jefe de familia bien joven, pero lleno de amor y de solicitud para aquellos pedazos de su alma que el destino encomendaba á sus cuidados.

Hace tres ó cuatrs meses comenzó á sentirse mal; pasó una corta temporada en el campo y restableció un poco, pero más fué restablecimiento en las esperanzas del enfermo.

Sufriendo, medicinándose, pálido, débil en extremo, no abandonó sus cotidianas tareas, supliendo con su energía las fuerzas que ya le faltaban.

El jueves siete le vimos en la calle: ese día estuvo despachando en su bufete, y de allí se fué al lecho para no levantarse más.

Tres días después, corrió, hiriendo á todos

como un rayo, la terrible noticia de que la enfermedad había hecho crisis.

Los amigos de Juan Diego ocurrieron á su casa y contemplaron el espectáculo tremendo: el enfermo se encontraba ya casi inerte, sin voz, sin oído, con la mirada descompuesta; y la desgraciada familia previendo la cercana muerte de aquel ser queridísimo.

Ah! pudiéramos apartar de la memoria aquel día; pudiéramos olvidar aquel cuadro en cuyo fondo se veía la noble víctima sucumbiendo sin que el amor y las lágrimas fueran bastantes á impedir que la desgracia se cumpliera!

Nosotros no tuvimos fuerzas para presenciar el desenlace del drama; y cuando nos convencimos de que no podía esperarse nada, nos retiramos silenciosos, atormentados, y aun hoy nos falta la calma para recordar al amigo que ha bajado á la tumba.....

El 12 se verificó la inhumación del cadáver en el cementerio general y en el panteón especial de la familia.

Asistió una numerosa concurrencia, numerosa como lo hemos visto muy rara vez. Fué esa la demostración del general aprecio con que la sociedad distinguía al malogrado Braun.

El Colegio de Abogados, casi completo, acompañó los restos de su miembro en el triste y último viaje.

Una compañía del cuartel de Artillería le hizo los honores de ordenanza.

Los Señores Doctor Don Juan F. Ferráz, Licenciado Don Angel Anselmo Castro y Don Joaquín Iglesias, dijeron oraciones fúnebres sentidas y verdaderamente inspiradas.

Hoy cumplimos el triste deber de consagrar

este recuerdo á la memoria del inolvidable amigo, y, por disposición del Colegio y por propio sentimiento, enlutamos las columnas de esta hoja.

Wálter F. Rodríguez

(De *El Foro*.)

El Licenciado Don Juan Diego Braun.

Juan Diego Braun, simpático poeta, distinguido juriconsulto, dechado de las virtudes públicas y domésticas, joya preciosísima de nuestra sociedad, esperanza y orgullo de la patria,—ha muerto en la primavera de la vida, cuando á fuerza de trabajo, de talento, de honradez y penosos sacrificios, acabava apenas de labrarse brillante posición.

Qué pérdida tan sensible para la patria! Que profunda herida para los corazones que comprendieron el tesoro de virtud y grandeza que encerraba el suyo, y para los que pudieron contemplar el vuelo de su alma generosa, y sobre todo, para su familia desventurada, que ha visto bajar con él al sepulcro sus más caras afeciones, sus más risueñas esperanzas, su más brillante título de gloria, su más abnegado sostén.

Venga la juventud á prosternarse ante la tumba que encierra los restos de un hombre honrado, inteligente y grande: vengan todos los que estimen en algo la virtud, á tributar una lágrima á la memoria de Juan Diego Braun, y á leer en la brillantísima é inmaculada página de su vida magníficos ejemplos que imitar: vengan

todos los que en algo estiman la ciencia y la literatura á tributar profundo homenaje al modesto abogado de genio superior, y al poeta distinguido de fantasía exquisita, de naturalidad encantadora, al primer poeta epigramático de nuestra patria.

Qué satisfactorio debe ser al abandonar este mundo de miserias y tribulaciones, traer á la memoria la vida pasada, y cerrar para siempre los ojos con el inapreciable consuelo de haber consagrado todos los momentos de esa vida al cumplimiento del deber. Qué satisfactorio debe ser recordar que jamás un crimen ha manchado la pureza del alma ó emponzoñado el corazón magnánimo. Con qué satisfacción debe abandonar este mundo el que, como el Licenciado Braun, pudo tender tranquilo una mirada hacia el pasado y talvez encontrar muchas angustias y muchos sacrificios, pero no, nunca! un solo hecho ignominioso, un solo pensamiento vergonzoso que pudiera en algún modo oscurecer el esplendoroso cielo de su gloria ó desvirtuar el santuario de su recuerdo imperecedero!

Pobre patria mía! Cuánto has perdido con la temprana muerte del inolvidable vate! Qué flor tan precioso te arrebató el destino, qué estrella tan pura y radiante arrancó de tu cielo! Está rota la lira cuyas melodías regalaron tantos oídos ó hicieron latir tantos corazones. Está rota la lira que hizo asomar la vergüenza al rostro de tantos, trayendo la sonrisa á los labios de otros con delicadísimas sátiras.

Y esos eran los preludios apenas de esa lira, y esos eran apenas los primeros ensayos de su poderosa fantasía.

Ocupado constantemente en el foro ó en el

estudio, no pudo el joven Licenciado Braun, dedicar sino ratos muy raros á templar su lira y no pudo dejarnos más que los rasgos de su brillante genio.

Modesta como su persona, correcta, natural, encantadora, la inspiración del bardo seducía, fascinaba: sus versos melodiosos y sus pensamientos delicados,—su entonación sencilla, que velaba en sus composiciones muchas veces el brillo de su poderoso genio: musa independiente que nunca supo arrullar los sueños del cortesano ni mancharse adulando al tirano,—alma levantada, que jamás se arrastró por el fango: corazón acrisolado y purificado en las más duras pruebas, y siempre generoso y magnífico y siempre rebosando de amor á su familia y de cariño á sus amigos y de bondad para todos.

Jurisconsulto renombrado, en su corta pero honrosísima carrera, resaltaron siempre las preciosas condiciones de talento y de virtud, de amor al estudio y altiva independencia.

Qué más se puede exigir del que tan pronto nos abandona para siempre?

Qué otro título pudiera exigirse más elocuente para que alcance su recuerdo sagrado la veneración de sus compatriotas, y su conducta y su talento lauro imperecedero, y su tumba lágrimas ardientes y coronas de siempreviva!

Ninguno; y por eso la patria enlutada y desgarrado el corazón, mira con angustia y dolor indescriptibles la tumba que se abre para guardar eternamente sus restos venerandos.

Por eso la ciencia y la literatura, enlutadas también, contemplan conmovidas cómo cae tronchado por el destino uno de sus florones más preciosos.

Por eso hoy al pronunciar el nombre bendito del que supo ser grande en todo, al recordar la preciosa vida del ilustre licenciado don Juan Diego Braun, no hay alma generosa que no sufra, no hay corazón que no palpite agobiado de dolor.

Chus Costa Yc

(Del "Diario de Costa-Rica.")

JUAN DIEGO BRAUN.

Hoy se ha conducido á su última morada el cadáver del inteligente joven, cuyo nombre acabamos de apuntar. Hoy, su espíritu generoso—atravesando las sombras de la muerte—se ha refundido en el Espíritu universal, verificándose en esa unión íntima, el complemento, la eterna aspiración de aquella alma privilegiada, que rindió culto particular á la Belleza y que persiguió con tesón los rayos fulgentes de la verdad.

La sociedad, toda, ha sentido la desaparición de esa esperanza en flor que se abría lujosa; los amigos, llenos de tristeza indecible, han rodeado aquel féretro mil veces querido, que guarda los despojos del que ayer ostentaba la corona del talento sobre su noble frente, y que hoy no es más que un cadáver.

La vida del Licenciado Don **Juan Diego Braun** ha sido bien corta, por cierto; pero toda ella sembrada de merecimientos é iluminada por los fulgores que esparcía su alta inteligencia.—No vacilamos en decir que Costa-Rica ha perdido una joya nacional—y que hoy visten de luto las Letras, á las cuales el malogrado vate consagró la mayor parte de su preciosa existencia.

En los momentos de inhumar el cadáver, los hermanos de **Braun** en el genio y la inspiración, encontraron vado á su justo duelo en las palabras profundamente sentidas que, al borde de la tumba, pronunciaron los Señores Licenciado Don Ángel Anselmo Castro, Doctor Ferráz y Don Joaquín Iglesias, al dar al inspirado poeta y al inolvidable amigo el prolongado adiós de eterna despedida.

J. H. Pacheco,

(Del *Diario Oficial*).

DISCURSO

pronunciado en el Cementerio.

“Consagremos un dolorido y cariñoso pensamiento al amigo modesto é inteligente que hemos venido á acompañar á la sombría mansión de los muertos.

Encierra ese féretro los restos queridos de un amigo predilecto, de un joven de méritos relevantes, que supo y pudo hacer brillar su notable talento de poeta y de jurisconsulto, á la edad temprana de veinticinco años.

Pero, Señores, yo no quiero rendir culto en estos momentos solemnes á los valimientos intelectuales del amigo; me inclino, sí, con ánimo reverente ante las virtudes que desplegó en el seno de la amistad y el santuario de la familia. Su bondad de carácter, su generosa voluntad, lo intenso y sincero de sus afectos, eso caracterizaba al amigo que se ha ido, en sus relaciones con los que tuvimos el placer de conocerle en la intimidad; pero algo más grande, algo que no todos somos capaces de hacer en esa edad en que los ímpetus y aspiraciones juveniles cierran el paso á toda abnegación sublime, iluminó aquel espíritu



é iluminará siempre su purísimo y tierno hogar, para que las sombras de la fría noche del olvido no se ciernan nunca sobre su recuerdo: era el padre de una numerosa familia, el padre del corazón, la única esperanza de siete hermanas que le lloran con la desesperación más desgarradora; padre solícito de esas perlas de su alma, huérfanas dos veces, y huérfanas hoy por la tercera y última vez. Todo su pensamiento, todas sus fuerzas, todo su cariño, estaba fijo en el hogar que sus inolvidables padres dejaron á su cuidado.

Yo que he visto pocos momentos hace el cuadro que me ha causado la más honda impresión al abandonar este cadáver la casa que calentara con el fuego de su corazón, yo que comprendía de dónde y cómo manaban aquellas ardientes lágrimas, puedo lanzar una queja contra el Destino pero no inclinemos sumisos la frente ante sus mandatos irrevocables.

Contrista, sinembargo, aun á los espíritus fuertes la idea de que esa urna de tan frágiles paredes, represente ante la razón humana la eterna muralla que separa el mundo de la vida, de las regiones eternas de la muerte.

Terrífica es la idea de la muerte; pero cuando su soplo devastador arroja sobre la fosa sombría á un joven de mérito, sostén de una familia, columna que se levantaba en el edificio de la Patria, entónces es abrumadora como nada es capaz de serlo.

¡Amigo desgraciado! Si es verdad que las almas levantadas empiezan una nueva y mejor vida después de la tumba, la tuya ha penetrado ya

en esas regiones misteriosas: ¡hasta ellas envió
en alas de mi anhelo, el más sincero y sentido
adios!"

A. A. Castro

—:0:—

DISCURSO

pronunciado en el Cementerio.

“¿Qué es nuestra vida más que un breve día
do apenas nace el sol cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría.....!”

SEÑORES:

El desnudo féretro que contemplamos es estrecho recinto para el amigo cuya muerte nos reúne aquí; el hondo lamento de la sociedad que para siempre lo ha perdido; el dolor acerbo de los que lo lloramos; la desesperación de sus pobres hermanas, huérfanas por última vez—según la elocuente frase de uno de los oradores que me han precedido en el uso de la palabra—lo están claramente demostrando. **Juan Diego Braun** queda sepultado en el pecho de los que deploramos su irreparable pérdida, en el corazón de su familia, en el seno de la sociedad costarricense, que hoy lamenta la muerte de un joven virtuoso, de un miembro utilísimo, adornado de prendas de inestimable valor.

Pero la elocuencia, Señores, no tiene matices para pintar lo que á todos nos pasa delante de este féretro: los corazones oprimidos, las lágrimas

que pugnan por brotar á torrente de nuestros ojos, los miembros todos conmovidos, sacudidos por intenso y profundo sentimiento, no dan lugar á las bellas frases que forma el orador, engalanando la palabra.

Braun no era un genio: no era un hombre cuya vida ha de contarse con resonante voz: **Braun** era una encarnación de la *caridad*, y yo lo veo rodeado de brillantes destellos, iluminado por esa sublime auréola de la virtud por excelencia, cuidando asiduo y generoso el hogar abandonado por la muerte de sus padres, á su único esfuerzo: yo lo veo grande en el cumplimiento de ese dulce, pero trabajoso deber, y contemplo el cuadro desgarrador de la orfandad de esa familia, y escucho el eco triste de esos lamentos que repercuten en el corazón de la sociedad entera. Yo lo estimo y lo presento como perfecto modelo que imitar y seguir: la juventud hallará en **Braun** un noble ejemplo y un estímulo nobilísimo.

Él fué un sol esplendente que brilló un momento sobre nuestro horizonte: nosotros contemplamos sus destellos y le vimos hundirse, cuando mayor brillo ostentaba, en el límite oscuro del ocaso. Para nosotros es luz que pasó; pero ¡ay! para su inconsolable familia fué más que luz, fué vida; y verdaderamente la sombría cortina de la muerte ha oscurecido el porvenir de aquellas que en él tenían hermano y padre á la vez.

El silencio, la profunda meditación pueden sólo llegar al fondo de ese gran dolor que no tiene nombre!—He dicho.

Juan P. Fierro.

ALGO SOBRE LA TUMBA

DE

Juan Diego Braun.

Los méritos que adornaban al joven Licenciado Don Juan Diego Braun y la amistad que con él nos unía, son motivos más que suficientes para impulsarnos á dedicar unas líneas á tan inspirado vate.

Queremos colocar sobre la tumba del amigo inolvidable, siquiera una sencilla flor, tan modesta como la violeta, para que una su fragancia á la de las que han de formar su corona fúnebre; ésta se compondrá de bellas producciones literarias, que expresarán con colores más vivos, aunque no con más sinceridad que nosotros, el sentimiento que á toda la juventud costarricense ha causado la prematura muerte del inspirado bardo, cuya lira aun no era tiempo de que la devolviera á las musas.

¿Quién pudiera expresar con la ternura de Lamartine el profundo dolor que nos agobia y la honda impresión que abruma nuestra alma al escribir estas líneas!

La temprana muerte del Licenciado Braun ha frustrado una de las más bellas esperanzas de la Patria.—Las ciencias y la literatura están de luto, y todos los que les rendimos culto debemos lamentar con toda nuestra alma la pérdida de uno de sus más ardientes adoradores.

Sirva de lenitivo al pesar inmenso que oprime á los amigos y parientes del Licenciado Braun, la consideración de que su muerte no es un acontecimiento aislado, sino que afecta profundamente á toda nuestra sociedad.—Y no podía ser de otra manera, porque ¿cómo no conmoverse al ver descender á la tumba, en la primavera de la vida, á un joven de las dotes personales de Braun, y hundirse en las tinieblas del no ser un corazón lleno de juveniles ilusiones, vislumbrando un porvenir lisonjero, que destruyó el soplo de la muerte cuando apenas se dibujaba como un bello panorama ante los ojos que ya sólo de lejos pudieran contemplarle?

Corta, muy corta por desgracia fué la vida del Licenciado Braun, y aunque pudiéramos decir mucho de las virtudes que le adornaron, nos contentaremos con repetir aquí lo que todos sabemos muy bien: que á la muerte de los autores de sus días, Braun dejó de ser el hijo predilecto para convertirse en el padre cariñoso de su estimable familia: éste es, sin disputa, el mejor epitáfio que puede gravarse sobre el sepulcro de un hombre.

Braun tuvo además otros méritos indiscutibles: las ciencias y las letras le debieron su decidida cooperación, y la literatura patria puede con orgullo exhibir bellísimas poesías debidas á su pluma.

En el seno de su familia fué cariñoso y tier-

no como un padre, con sus amigos fué leal y desinteresado, y cuando la nación necesitó de sus servicios como Agente Fiscal y como Secretario de la 2.^a Sala de la Corte Suprema de Justicia, dedicó todo su tiempo y todo su talento al desempeño de sus tareas.—En el corto tiempo que ejerció su profesión de Abogado demostró claramente su talento ó ilustración, y si la muerte no hubiera arrebatado tan hermosa existencia, Braun hubiera llegado á ser un distinguido juriseconsulto.

Que descanse en paz, y que la resignación descienda como benéfico bálsamo sobre el corazón de su afligida familia!

Fernán López Iglesias



JUAN DIEGO BRAUN.

Evoquemos el recuerdo del amigo, aunque las lágrimas nublen nuestros ojos, el corazón esté conmovido y la inteligencia oscurecida por las sombras de la muerte que se ciernen sobre la tumba del que fué JUAN DIEGO BRAUN.— Recordemos á las letras y al foro la pérdida del poeta y del abogado: que á su familia y amigos no hay que recordarla, porque su vida, compendio de virtudes, quedará como imagen en la memoria, como afecto en el pecho, como norma en conducta y como religión en el hogar.

Lloremos no sólo al poeta, sino al ciudadano. Entre la relajación de carácter durante la dictadura, conservó su espíritu levantado, y más de una vez empuñó el látigo de su epigrama para descargarlo sobre las espaldas de los aduladores.

Braun era poeta, pero últimamente se había dedicado por completo al foro, en donde desplegó su talento, ejerciendo honrosamente ese sublime sacerdocio.

Desde que se hacía cargo de un asunto, se

concretaba á estudiarlo y pasaba las noches inquieto con la idea de hacer triunfar la justicia. La causa era punto hacia donde convergían todas sus fuerzas intelectuales, y después de vista por todos lados, concluía por conocer á fondo el hecho y sus detalles. Iba á conversar con el reo, si la causa era criminal, y después de estudiar aquel espíritu, como un cirujano un cuerpo, hallaba entre las tinieblas de aquella alma, un rayo de esperanza.

Tanta elevación de carácter, tanta habilidad forense han concluido.

Pobre humanidad! Nacemos en un átomo infinitésimo del Universo, y pasamos como la barca sobre las aguas sin dejar recuerdos mas que momentáneos: vivimos entre esa renovación de la materia, que se llama nacimiento ó muerte, á la par de cenizas apagadas, de flores que acaban de dejar su tallo, ó de todo lo que está en actividad: entre seres que unos á otros se hacen la guerra por conservar la vida; siendo juguete de fuerzas que cumplen fatalmente su destino sin fijarse en nosotros, que somos pasto de la muerte: vivimos aspirando siempre, sin que los desengaños nos hagan desmayar, llevando en el cerebro el pensamiento que con su calor deteriora el organismo que le sirve de base, entre un mar de dolores y de lágrimas, y aun así nos agarramos con ambas manos al escollo de nuestra misera existencia.

Para qué la vida, si en la mitad de su carrera nos detienen?

Para qué esa aspiración de perfeccionarse, si, apenas nos hemos forjado el porvenir, viene la

muerte y con su despiadada guadaña taja nuestras más floridas ilusiones?

Para qué pensar en inmortalizar nuestro recuerdo en algún ramo de la actividad humana, si las lágrimas se evaporan, si el dolor nos mata y el silencio de la muerte nos separa de la vida?

¡Ocupar una página en la historia?—Ilusión! —Todos esos héroes que la pluma de Homero cantó han sido convertidos por la crítica, confundida al ver las mil mentiras que se mezclan con la verdad, en creaciones de la poesía, en mitos para alucinar el espíritu de la humanidad naciente aficionada á lo maravilloso.

Cuando vemos apagados planetas que fueron activos: cuando vemos pedazos de globos entre Marte y Júpiter ¿quién nos garantiza la existencia eterna de la Tierra, y la duración de nuestras estatuas y nuestras obras, ni la prolongación del eco de nuestra palabra ó la noticia que los habitantes de los otros planetas tengan de nosotros?

Sin embargo, limitándonos al que habitamos, si el alma es eterna, si la muerte no es el cierzo que todo lo aniquila, si es el aura de la primavera que riza el agua del murmulante arroyo, hincha la llema del árbol, transforma la larva en ramillete con alas; cuando ella está coronada por auréola sin mancha, es deseable, entonces el sepulcro es luminoso y deja ver la gran figura doméstica ó civil que se levanta sobre él para admiración de los que viven.

Braun! Tu cuerpo se habrá descompuesto en el laboratorio de la naturaleza; pero tus ideas han entrado en la comunión de la ciencia, tu nombre es recordable, tu poesía abrillanta los

cielos de la imaginación, tu vida sirve de pauta en lo público y en lo privado y tu oración pedirá porque haya quien imite nobles procederés.

Isidro Maín Calderín.

San José, 18 de mayo de 1885.

A la memoria

DE

JUAN DIEGO BRAUN.

y

A.....

Pasaste t  como armoniosa nota,
Que vibrando en el viento se extinguió.
Un cadáver no más..... tu lira rota.....

Sólo eso nos quedó.

En tu pálida frente se veía
De tierna musa la amorosa unción :
Y en santo fuego del amor ardía

Tu joven corazón.

La lectura de Becquer fué un encanto,
Raudal de inspiración fué para t .
; Secreta simpatía encierra el llanto

Y la desgracia, aquí.

Envuelta tu alma en nubes de pureza,
So n  el amor y concibió el placer;
Y en conjurar tus horas de tristeza
Se empeñaba otro ser.

Y fué otro ser simpático á tu alma
Que hizo tu lira de pasión temblar.
En tu desierto, solitaria palma,
Sombra te pudo dar.

La gloria y el amor, contraria suerte
Fueron contigo mentiroso augur;
Te esperaba temprano de la muerte
La tétrica segur.

Hermosa Joven que su ausencia lloras,
Tus amorosas lágrimas contén,
Porque él respira en eternas horas
Las auras del edén.

Te queda su alma envuelta en armonías
Que en torno tuyo amantes sonarán,
Con los recuerdos de amorosos días,
De generoso afán.

Amores desgraciados nunca mueren,
Ni muere el son de armónico laud;
Al trascurrir el tiempo ellos adquieren
Eterna juventud.

No muere como todos el poeta,

Aun cuando diga su postrer adiós;
La eternidad le aguarda, y él completa
La creación de Dios.

Él Olimpos destruye ó los levanta,
Sube al cielo como águila caudal,
Y en la región de lo infinito canta
Su espíritu inmortal.

Y, si la vista á lo pasado torna,
Hace olvidados héroes renacer,
El paraíso terrenal adorna
Y vuelve á florecer.

El sigue á los Cruzados, paso á paso,
Les dá renombre, y glorias él les dá;
No sus ínclitos nombres, sin el Taso,
Se recordaran ya.

Causado al fin de cuanto aqui le asedia
Adelante camina y adelante;
Y hace nacer Divina la Comedia
La inspiración del Dante.

Después de Dios, del Universo es dueño,
Contempla de esta vida el oropel;
La vida, exclama, nuestra *vida es sueño*.....
Mas realidad es él.

No fué mujer Elena. Hoy es un mito
Que clásica forjó la antigüedad:
Su poema empieza por Homero escrito,
Y sigue en nuestra edad.

¡ Cuán desgraciada, qué infelice, Dido,
Aun vives en los cantos de Virgilio!
Nunca la humanidad te da al olvido,
Eres su eterno idilio.

El poeta como Gray, melancolía
Hace sufrir y la convierte en llanto;
O excita carcajadas y alegría,
Cual Manco de Lepanto.

Hace vivir de Italia las ruinas
Y castillos, torneos, trovadores;
Resucita las vírgenes divinas,
Los ya muertos amores.

No bastarían tus victorias solas,
Para hacerte inmortal, nuevo Trajano,
Sin Manzoni, sin Byron, sin Arolas,
Sin Abigail Lozano.

¡ Bolívar inmortal!, tu gloria crece

Desde el primero al último confín;
Pero es quién más tus glorias engrandece
El canto de Junín.

¿Escucháis una voz que se levanta,
De siglos vencedora? La poetiza
Canta inspirada. Si Abelardo canta
Le responde Eloísa.

Y á ese canto mil voces se congregan,
Acordes en un cántico inmortal,
Y en el océano del amor se anegan,
Amor universal.

Los espíritus vagan insepultos,
Mientras les llega su final mansión;
Cuando les damos fervorosos cultos,
Se alienta el corazón.

Llorar, sufrir, este es nuestro destino;
Sigamos esta senda, ¡humanidad!
Las lágrimas marcaron el camino.....
Vendrá la eternidad.

Si las aves se dicen sus amores
O se asocian al himno universal;

Si tienen alma las tempranas flores,
Ninfas el manantial.

Si las Nereidas en los bosques moran
Y en el océano vagan las Ondinas;
Y, si dolientes, lo pasado lloran
Las lúgubres ruinas.

Si desmayada y pálida camina,
Fatigada de amor y de pasión,
Sin esperanza alguna y fiel Lucina
En pos de su Endimión.

Si es el mar organismo giganteo
Que himnos entona y de pasión suspira,
Y con variable faz de Prometeo
Al cielo insulta en su ira;

Es el poeta que otro mundo crea,
Y de su genio con la luz lo alumbra;
En las etéreas bóvedas pasea
Y hasta su Dios se encumbra.

No muere, no. La abandonada lira
Como las arpas colias en el viento,
Desde la cumbre de mortuoria pira
Levanta su concento.

Tú, noble bardo, que elevaste el vuelo,
De tu vida en el pórtico oriental,
Guardado te llevastes á tu cielo
De armonía un raudal.

De tu acorde laúd sólo nos dejas,
Primicias de armonías celestiales;
Tristes, sentidas, amorosas quejas
Que serán inmortales.

Hermosa Joven que su ausencia lloras,
Tus amorosas lágrimas contén,
Porque él respira en eternas horas
Las auras del edén.

Si á los umbrales de la tumba fría
Que deposita su despojo inerte,
Llegas piadosa á meditar un día
A solas con la muerte.

Si el soplo de la brisa vespertina
Tú sientes por tu frente resbalar,
Su espíritu es talvez que te adivina
Y te viene á besar.

Si cuando duermes en dichosa calma
En tus sueños le ves y te consuela,

Es porque cabe tí se posa su alma,
Y es genio que te vela.

Si cuando lumbre sideral destella,
Sientes al verla plácido soláz,
Es que en el rayo de lejána estrella
Te envía dulce paz.

No todo muere en el inmenso osario
Do terminan las dichas terrenales.
¿Sabes tú que es la tumba? Gran santuario
De nupcias inmortales.

San José, junio de 1885.

Fidelia Clementina.

Para la corona fúnebre

DE

Juan Diego Braun.

Para el varon eximio que proclama
la ley de la verdad; para el severo
vate que halla en la luz rico minero,
y á sublimes regiones se encarama;

para el que siente la divina llama
de inmensa inspiración, y el santo fuero
de la virtud defiende, y pregonero
de la razón su magestad proclama;

para ese tiene Historia excelsa lumbre;
Humanidad un lauro relumbrante,
y Patria una guirnalda de victoria;

un eterno clamor la muchedumbre,
y el poeta una lira resonante
para cantar antifonas de gloria.

Rubén Darío.

Managua, Junio 2 de 1884.

A LA TIERNA E INVOLVIDABLE MEMORIA

DE

Juan Diego Braun,

La cabellera de los sauces verde
Sobre las tumbas desmayada cae,
Y entre sus ramas lánguidas se pierde
El leve ruido que la brisa trae.

FERNANDO VELARDE.

¿Qué fué tu juventud? Jardín marchito.
¿Qué fué tu vida? Pielago sin puerto.
¿Qué fué tu canto? Penetrante grito
Lanzado en los confines de un desierto.

J.

Bendite seas, lúgubre poeta,
Melancólico cisne del Edén;
Sólo tengo una humilde violeta
Para agregar á tu inmortal laurel.

TRINIDAD FERNÁNDEZ.

Y si canta al morir el cisne vago,
Meciéndose en el lago,
Que ayer testigo fué de sus amores,
Mi corazón, en tu temprana muerte,
Levantará al perderte
Un último gemido de dolores.

VICENTE SAIZ Y PARDO.

La virgen Primavera,
Con su pompa, su luz y sus colores,
Esmalta la pradera.
Entre nubes de nácar y topacio

Se asoma el sol, radiante en el espacio.
Muere la tarde entre fulgentes lampos,
Despléganse las flores
En los jardines y en amenos campos:
Y vivaces entre ellas
Están naciendo bellas,
De la alma luz primaveral al rayo,
Enredaderas y la flor de mayo.

Caliz de plata entreabre la azucena
Y recibe del cielo
Lágrima fugitiva,
Canta dulce en el bosque Filomena,
La Pasionaria simboliza el duelo,
Delicado pudor la Sensitiva;
Y en el cristal del río tú resides
Preciosa NO ME OLVIDES.

Prosigue todo igual. Niveos jazmines
En torno esparcen delicado aroma,
Y entre el follaje de las selvas verdes
Arrulla la paloma
Mas tú ya nó, simpático poeta:
Tocaste de la vida en los confines
Y en la sombría eternidad te pierdes.

Como de casta virgen un suspiro
Pasó tu vida. ¡Tímida violeta,
Que en tu rincón querido te ocultabas,
Vertiendo aroma en torno !
Ángeles de la tierra te llevarøn
Cual su mejor adorno,
Que fraternal amparo tú les dabas.
Las que tanto te amaron
Y las que tanto amabas,
¡ Cuánto, Juan Diego, lloran !
Sin encontrar consuelo
En su dolor te imploran :
Por ellas alza un cántico en el cielo.

En tu querido hogar lloraste tanto,
En tristes horas de orfandad y luto !
Yo acompañé con lágrimas tu llanto,
No tuve otro tributo
Siempre admiré tu ingénita nobleza.
¡ Oh, cuantas veces estreché tu mano !
En medio tu romántica tristeza,
Mas bien que amigo mío fuiste hermano.
Eras un cisne de rizadas plumas
En lago trasparente,
Sin inquietud ni brumas,
Que reflejaba el cielo tropical.

Cantaste allí con armonía tanta,
Con amor tan ferviente !
Y al espirar la voz en tu garganta
Te hundistes en tu lago de cristal.

Y dejas un recuerdo de virtudes
Y armonías eternas.
Como tu alma de puras y de tiernas;
Por eso, hermano mío,
Con el crespón sombrío
Enlutados están nuestros laudes.
Una tumba te guarda ! en los umbrales
Ella tendrá prendida
Corona entretejida
De fúnebre ciprés y de inmortales.

San José, 18 de mayo de 1885.

Rafael Machado.

SIEMPREVIVAS,

SOBRE LA TUMBA DEL TIERNO POETA

Juan Diego Braun.

Tiembla la mano la pluma
está en dolor empapada :
detrás de la densa bruma
de la muerte, veo en suma
la hosca bruma de la nada.

Si la luz de tu existencia
ya por siempre fué extinguida,
¿por qué alumbra la conciencia
cual vaga reminiscencia
la apariencia de tu vida?

Y el eco de tus cantares
melancólicos y tristes,
imagen de tus pesares,
¿cómo repiten tus lares
tutelares, si no existes?

¿Cómo es que tu voz resuena
todavía en nuestro oído,
si la muerte ya ha corrido
el telón sobre la escena
y aun apenas tu gemido?

Es que tu cuerpo en la fosa
cayó, pero tú no has muerto :
es mentira la espantosa
soledad en que reposa
so la losa el cuerpo yerto;

ilusión de los sentidos
es del sepulcro la calma :
de tu alma los latidos
ora más bien percibidos
son sentidos por mi alma;

y ya todos te miramos
después de muerto cual fuiste :
tus canciones escuchamos,
tus virtudes admiramos,
recordamos cuanto hiciste;

y ¡ay! si la materia fría
tu espíritu ya no encierra,
él contempla la agonía
que sufre cruel é impía
quien te quería en la tierra.

Las que en orfandad te lloran
con inconsolable duelo,
esas que el pesar devoran,
esas que en silencio oran
é imploran clemencia al cielo;

y aquella flor delicada
cuya belleza adoraste,
¡ay! cuán mustia y desolada
contempla ahora espantada
la nada en que la dejaste!

Todos te ven y te sienten
á despecho de la tumba :
las sombras del Orco mienten,
y aun los que olvidarte intenten
te sienten si el aire zumba;

te sienten si ruje el trueno,
ó si la brisa suspira,
ó si surca el valle ameno
el arroyuelo sereno,
sereno como tu lira.

¡ Ay ! quien recuerde tus cantos
no puede menos de verte
vivo entre sus ecos santos,
pues quebrantan sus encantos
los encantos de la muerte.

Tras la bruma de la nada
mi alma con tu alma se inspira,
y á través de la enlutada
sepultura, la mirada
tu adorada sombra admira.

San José, C.-R., mayo 13, 1885.

Juan F. Ferriz.

¡EL GENIO!

A la memoria de Juan Diego Braun.

Las anchas alas con afán despliega
El águila caudal que, en raudo vuelo,
Altiva se levanta sobre el suelo
Y á confundirse con las nubes llega.

Por el éter sutil audaz navega
Buscando un "más allá," con loco anhelo,
Y cuando altiva se remonta al cielo
Mira de frente al Sol, y el Sol la ciega.

Así el genio, con alas sacrosantas
Va buscando la dicha que prefiere
Del almo cielo en las regiones santas.

Huye del torpe mundo que le hiere,
Llega de Dios á las angustas plantas;
Rompe la cárcel que le oprime y muere.

Alajuela, mayo de 1885.

S. Faramillo.

A LA MEMORIA

DEL NOBLE POETA

Juan Diego Brauñ.

Caíste cual la flor en primavera
Al soplo arrasador del torbellino!
Ya está muda la lira plañidera
Que pulsabas, Juan Diego, en tu camino.

Ya de tu acento melodioso y suave
No más escucharemos la armonía.
Callaste, oh bardo, como calla el ave
Herida al golpe de la flecha impía.

Destino ingrato de la suerte fiera!
Cuando el amor el porvenir colora
Nos sorprende en mitad de la carrera
El monstruo de la muerte y nos devora.

Que muera quien no sienta entre su mente
Arder la inspiración, brillar la idea,
Quien no ambicione coronar su frente
Con los laureles que el ingenio crea;

Quien no tenga una musa bienhechora
Que abrase el corazón desfallecido,
Quien no ha pensado, cuando el alma llora,
Como las aves fabricar su nido;

Pero quien mira un porvenir de gloria
Brillar cercano en su ansiedad secreta,
Quien ha soñado en agrandar la Historia,
Quien ha nacido como tú poeta;

¿Por qué permite el cielo que sucumba?
Por qué permite que en edad temprana
Baje al abismo de ignorada tumba
El que nació para brillar mañana?

¡Ay! todo en confusión se precipita
De la muerte en el piélago sombrío!
¿Qué es el hombre? qué el mundo en que se agita?
¡Sarcófagos flotantes del vacío!

Y entre esas tempestades que nos hieren,
Entre ese loco torbellino insano,
Tan solo, oh bardo, á su furor no mueren
Las flores ¡ay! del pensamiento humano!

Luis R. Flores.

Heredia, mayo de 1885.

A Juan Diego Braun.

Como baja fugaz por la colina
Murmurando la límpida corriente,
Y al abrirse el abismo de repente
Se eleva al cielo en nube purpurina;
Así se oyeron de tu voz divina
Las tristes quejas, la canción doliente,
Cuando bajabas la fatal pendiente
Que al desengaño rápida declina.
Y ya en el borde de la fosa oscura
Donde va á terminar la edad dichosa
En que aun se oculta la verdad al hombre,
Tu espíritu inmortal voló á la altura,
Formando con su estela luminosa
Bella aureola de luz para tu nombre.

David Hinc.

San José, mayo 24 de 1885.

RECUERDO AL POETA.

No hacen falta á tu renombre
A despecho del destino
Los laureles que el poeta
Lleva á sus sienas ceñidos;
Pues que luces en tu frente
Con eterno y puro brillo,
Hechos rosas y violetas,
Tus ensueños y delirios.
Y por eso su fragancia
Deleitándome respiro
En la esencia de tus cantos,
De tus trovas y tus himnos;
Pues son cada dulce idea
Que en tus canciones percibe
Y cada ilusión que saltá
Entre las ondas del ritmo,
Flor de perfume celeste
En que se impregna el espíritu.
Y parece así que al alma,

Cuando tus versos repito.
Bajan temblando los átomos
De las rosas y los lirios.
Y cuando vagan al aire
De tu mente desprendidos,
Tus pensamientos remedan
En sus notas y sus giros
El rumoroso aleteo
Y el cantar estremecido
Que forman las avecillas
Al cobijar sus asilos;
Porque tienes de las aves
En tu corazón de niño,
Canto de tiernos arrullos
Y alas que dan abrigo.
Y por eso cuando calla
En tus labios el idilio
Pienso con honda tristeza
En el hogar aterido:
Almas dolientes y viudas
En inquieto grupo miro
Agitarse y revolverse
En la impotencia y el frío;

Y las lucientes pajitas
Que recogiste en tu pico
Para formarte con ellas,
Cansado de errar, tu nido,
Arrojadas por el suelo
Vagar del viento al capricho.
Mientras la amada que busca
En torno suyo tu arrimo,
En vano volar espera
A tu reclamo sentido;
Que sólo escucha la triste,
En vez del alado trino
Con que arrullarla solías,
Su propio intenso gemido!
Parece que en torno tuyo,
(Tal desolación distingo)
Sus negras alas sañudas
La tempestad ha batido;
Pues son despojos inertes
De sus furores impíos
Un triste hogar derribado
Sobre el borde de un abismo,
Una lira que fué de oro

Deshecha en oscuro sitio,
Y en un ramaje abrasado
Suelos girones de un nido.
Que reservó á tu esperanza
El engañoso destino
Para las almas que adoras
La soledad y el frío,
Y en tu frente los laureles
Con ciprés entretegidos;
Porque el Genio de las tumbas
Con misterioso sigilo,
Cual galardón prematuro
A tu constancia rendido,
Ya su corona de sombras
También para tí previno.

San José, mayo de 1885.

Justo A. Facio.

PARA LA CORONA FUNEBRE DEL MALGRADO VATE

D. Juan D. Braun.

I.

REMINISCENCIAS.

Eras un niño : recuerdo
Que en el paternal regazo,
Con tus bucles jugueteabas,
El crepúsculo mirando.

Oh ! qué bella es la nocencia
En el regazo del padre !
Cómo el amor la enaltece,
Cuando ese amor no es culpable !

Del autor de tu existencia
Los dedos se deslizaban
Entre tus blondos cabellos,
Que de Febo eran la flama.

Sed tenía de saber :
Tu padre era fuente clara
De las aguas milagrosas
Do Minerva se bañaba.

Hacia él dirigí mis pasos
Una tarde que, en su puerta,
Contigo estaba jugando,
Embebido en tu belleza.

Me recibió con dulzura,
Su honrosa mano alargando,
A quien beber tales aguas
Pide con anhelo tanto.

Tú jugabas con su barba,
Y él te miraba extasiado,
Dirigiéndome preguntas
En mi primitivo ensayo.

Examina tu cabeza
En diferentes lugares,
Exclamando de repente :
"Oh! magnificas señales!"

Y volviéndose risueño
Me dijo, lleno de encanto :
"Joven, mira qué portento!"
Y al punto apliqué mi tacto.

Tenías en tu cabecita
Ciertas prominencias raras;
Yo no supe darme cuenta
De aquellas protuberancias.

Mas tu bondadoso padre
Sacóme de mi ignorancia,
Diciéndome que ALPHA y BETA
En tu cráneo dominaban.

Y superaron las letras;
Y habrían llegado muy alto,
Si la parca no cortara
Su vuelo precipitado.

Y el corazón generoso
De aquel hombre extraordinario,
Que te diera la existencia,
No latió: ¡ya estaba helado!

Sí, ya la parca homicida
Sin padre te había dejado
Yo también, el mío perdiendo,
En orfandad fuí tu hermano.

Yo, como tú, el pan amargo
Del huérfano he saboreado;
Más tú llevaste la palma:
Con ella volaste ufano.



Qué más quieres? En la tierra
No se alzaba tu Parnaso;
Ese monte de los genios
Está más alto ; más alto!

Tú te formaste una escala
Con tus virtudes filiales :
Aquella escala de cintas
Por do sólo suben ángeles.

Hijo, hermano, esposo y padre,
Escalones son que al alma
Encumbran hasta los cielos,
Cuando los espacios salva.

.....
.....

Bardo, tú lo fuiste todo,
Y por eso adornan tu ara,
Apolo con sus florones,
Tus amigos con sus lágrimas.

II.

A LAS MUSAS.

Dejad que pose en vuestro templo santo
Profana planta, oh reinas del Parnaso :
Dejadme derramar profuso llanto
En vuestro egregio y maternal regazo.
Vengo el pésame á daros del quebranto
Que de Átropos os diera el férreo brazo;
Y, si indigno de Vos es mi lamento,
Como el abismo es hondo el sufrimiento.

Habéis perdido el hijo más amante :
Su dulcísima lira yace muda.
Tristes hijas de Júpiter Tonante,
Que á vuestro corazón el mar acuda,
Y le viertan los ojos al instante,
—Para calmar vuestra dolencia ruda—
Cual catarata, con ruidoso embate,
Sobre la tumba del dilecto vate.

Y, al crujir de la losa, se levante
Y abandone la fosa y el sudario,
Y se acerque á nosotros y nos cante
Del mundo de Ultratumba, funerarío,
Los goces ó el penar febricitante
Del soñador, del poeta legendario.



Quiero saber de Byron y del Tasso,
De Calderón, Quintana y Garcilaso.

III.

AL AMIGO.

¿ En dónde está la tumba que te encierra ?
Mercedes un sarcófago sagrado;
La tierra no respeta al potentado,
Y tu poder al potentado aterra.

¿ Por qué se ha de comer hambrienta tierra
Un corazón tan grande y abnegado,
Si se alza, aquí en mi pecho lacerado,
Un templo que al dolor nunca se cierra?

Ó, si prefieres cineraria pira,
Llamas también en el altar mantengo :
Ven, en él hallarás tu tierna lira,

Pues, de buscarla, de Castalia vengo.
Muda está y enlutada no respira;
Ya en el sudario funeral la tengo.

IV.

AL HIJO.

Desde niño comprendiste
Cuánto debe el hijo al padre :

Idolatraste en tu madre
Y honra de las canas fuiste.
A tu ejemplo no resiste
El pobre numen que inspira
Mi angustiada y ronca lira,
Y su tembloroso acento
Te manda, en alas del viento,
Siempre que por tí suspira.

V.

AL HERMANO.

A ser una providencia
Te envió á la tierra el destino,
Y trazaron tu camino
La virtud y la experiencia.
Acogiste á la inocencia
En tu pecho generoso,
Y te erigiste un grandioso,
Perdurable monumento:
Más que tu claro talento
Te hizo tu virtud famoso.

VI.

AL POETA.

Cambiaste, poeta, tu lira,
Por el laud del querubín :

Con él cantarás, sin fin,
Himnos que el amor inspira.
La patria por tí suspira,
Y tus hermanas te lloran;
Son tus Musas, por tí oran,
Y, al contemplarte inmortal,
Tu cariño fraternal
Y tus recuerdos imploran.

Carilago, mayo 22 de 1885.

Francisco Ullua. M.

En la muerte del joven

DON JUAN D. BRAUN.

—:0:—

¡Ay! si se muestra sin clemencia el cielo,
Si no oye la orfandad
¿A dónde el alma encontrará el consuelo
Si allí no hay ya piedad?

—

Por eso, hoy solitario en mi tristura
Al ver así morir
Tanta ilusión y ensueños de ventura,
Me aterra el porvenir.

—

Por fin la parca asoladora, impía,
Hirióle en su furor,
Cuando apenas fulgente le reía
El ángel de su amor.

Murió el amigo, el joven ciudadano
De inmenso corazón:
A un tiempo supo ser padre y hermano;
¡Cumplió su gran misión!...

¡Ay! de la vida el miserable embate
Sufrido resistió;
Y de su fuerte oleaje ¡oh noble vate!
Tu lira se salvó.

Ya de esa lira plácidas querellas
Jamás se escucharán,
Pero de su alma las fugaces huellas
Eternas brillarán.

Cuando de aquesta vida la contienda
Se sabe así vencer,
¡Qué importa que la muerte nos sorprenda
Qué importa perecer!

Emilia Pacheco C.

San José, mayo de 1885.

SOBRE LA TUMBA

DE

Juan Diego Braun.

—:o:—

—¿Qué buscas?—Luz y calor.
—¿Quién eres?—Un peregrino
Que en las zarzas del camino
Deja girones de amor.

Canté como un ruiñeñor
Desde una rama florida;
Y apenas mi voz oída,
Dejó las falaz mudanza
La vida de mi esperanza
Sin esperanza de vida.

—:o:—

—¿Que quieres?—Quiero consuelos.
—¿Y sueñas?—En lo infinito,
En un nombre que está escrito
En el azul de los cielos.

Aún la urna de mis anhelos
Al povenir está abierta;
Y es ya la luz tan incierta
Que entre mi pecho ilumina,
Como la luz mortecina
De una luciérnaga muerta.

—:o:—

—¿A dónde vas?—A buscar
La soledad de las olas,
Para decirles á solas
Que me lleven sobre el mar.

Allá volveré á cantar,
Sin luchas y sin pesares,
Consoladores cantares;
Y haré de mis desconuelos
Olas de luz en los cielos,
Nubes de espuma en los mares!

Cartago, octubre de 1885.

Felipe Wato Valle

UN RECUERDO

A MI AMIGO

Juan Diego Braun.

Cumplido será mi anhelo:
Vivirán eternamente
Tus versos en nuestra mente,
Tu espíritu allá en el cielo.

Que fué tu vida apreciada
Mezcla de gozo y de pena,
La vida de la azucena
Pasajera y perfumada.

De la vida en el piélago espumoso
Tropezó á cada paso tu barquilla
Con los escollos duros de la suerte,
Con los fantasmas negros de la envidia.

Y no pudo formar en su corage
Aquella inmensidad enbravecida
Sino bucles de luz y de esmeralda
Al quererte oponer su airada linfa.

Después... la tarde azul, y el horizonte
Que á tus pupilas ávidas se abría,
Mostrándote en hermoso panorama
La dulce primavera de tu vida.

Luego el amor con sus perfumes suaves,
Sus palabras de miel y sus caricias,
Y un ángel que gustaba de tus cantos
Y tú con tu canción le adormecías.

Y tu barca gentil siempre adelante,
Y el cuadro encantador siempre á tu vista,
Y tú bogando y sin cesar bogando
Para alcanzar la playa bendecida.

Luego...una nube, luego la tormenta,
Luego la tempestad que estalló en ira:
El rayo serpeaba en el espacio
Y la noche y la mar se confundían.

Luego...un choque fatal entre la sombra
Después, gritos de muerte y de agonía....
Silencio aterrador...y allá en la playa
Muchas voces de súplica infinita,

Muchos brazos alzándose á los cielos,
Y sollozos y lágrimas sentidas:
Son los seres queridos de tu alma
Los corazones ¡ay! que te querían.

José M. Alfaro.

Mayo 12 de 1885.

Porqué! por qué!

Esta quemante lágrima que cae
hirviendo en el papel, y este lamento
que de mi labio tembloroso escapa,
anuncio sólo son de mi despecho.

De la campana funeral tañido
pausado corre en alas de los vientos,
y, en son de duelo y entre llanto y luto,
elévase el clamor: ¿quién es el muerto?

El árbol joven despedaza el ryo
del mismo modo que destroza el viejo;
y el sepulcro devora corazones
sin ver si tienen jugo ó si están secos.

Todos los días se repite el drama,
y nadie acierta nunca á comprenderlo:
el formidable brazo, el asesino,
en el negror se oculta del misterio.

Todos los días se repite el drama
y no dejamos de llorar al verlo,
la misma espada sin cesar nos hiere
y cada golpe nos parece nuevo.

Oh mundanal miseria! oh desventura!
oh destino implacable y siempre fiero!
no tienes ojos, y á vencer tus iras
qué vale el corazón? qué vale el genio?

Oh dulce amigo mío, qué delito
pudiste cometer, para que el ciego
destino odioso sin piedad bebiera
la sangre generosa de tu pecho?

Muchas almas sin luz, y muchas frentes
cubiertas del oprobio con el velo,
muchos envejecidos corazones
y muchos desencantos sin remedio:

Y tú, joven y lleno de esperanzas,
cercado de vivísimos reflejos,
con la sonante cítara en la mano;
y, sin embargo tú. . . ¡tú eres el muerto!

Pío Viquez.



APÉNDICE

POESIAS

DE

Juan Diego Brann.

SAN JOSÉ DE COSTA-RICA.

Imprenta Nacional.



BALADA.

El niño apenas moribundo hablaba,
Y lánguido pedía
Se trajese á su casa con cuidado
Un pájaro que oía
Cada mañana modulando trinos
Desde la reja del hogar paterno.
“Cogédmele—decía—
Porqué á sus cantos dulces y divinos
Siempre sentí mi corazón más tierno.”

Sus amigos gastaron muchos días
En pos del pajarillo;
Y muchos ¡ay! gastaran si su madre
Viendo imposible aprisionar el ave,
No adopta un medio sin saberlo grave;

IV.

Pues el anciano médico decía,
Si bien la triste madre lo ignoraba,
Que el niño se moría
Si el soplo de los vientos le azotaba.

Más ella sin saber que le brindaba
En el aire la copa del veneno
E ignorando la ciencia de los sabios,
Lo aprieta cariñosa contra el seno,
Lo lleva á la arboleda
Y el niño con la risa entre los labios
Dormido para siempre allí se queda.

Al verlo así la madre
Hayó gritando sin saber por dónde
Poseída de la fiebre y la locura
Si hoy sus hijos le dicen con ternura,
“Dónde está nuestro hermano
Aquel que amamos tanto,”
Ella toda azorada les responde,
Bañado el rostro en llanto:

V.

“Mi hijo está escondido allá en el cielo;
Murió escuchando un cántico sencillo,
Pues el ingrato remontando el vuelo
Me dejó por amor á un pájarillo.”

San José—1877.

PARA UN ALBUM.

Ambos, oh niña, en la vida
Llevamos opuestos giros:
Tú en la ilusión embebida
Vas por la senda florida
Del amor y los suspiros.

Yo entre tanto, en noche umbría,
Suro el mar de la ansiedad
A la ventura y sin guía;
Cual hoja que arrastra impía
Horrísona tempestad.

Y si á veces ay! levanto
Mis canciones hasta vos,
No es de esperanza mi canto,
Porque es triste como el llanto
Y amargo como un adios!

Soy un pájaro que vuela
Por el desierto, perdido;
En cuyo canto revela

VIII.

Que ya la muerte recela
Por su acento dolorido.

¡Plegue al cielo, niña bella,
Que no tengas que sufrir
La desdicha de tu estrella,
Que hora vívida destella
Sobre un cielo de zafir !

Que yo como tú volaba
En pos de alguna ilusión,
Y en ella misma encontraba
La delicia que anhelaba
Delirante el corazón;

Pero mi suerte ha querido,
Desgraciado cual lo ves,
Que en la tumba entristecido
Lamente mi amor perdido
Como el sauce y el ciprés.

Talvez no sabes que hay penas
Que en el silencio se lloran,
Y horas amargas y llenas
De tristísimas escenas,
Que el corazón nos devoran.

IX.

Más, plegue al cielo que ignos:
Los engaños de la vida,
Al cruzar sobre las flores
Por una senda de amores
En la ilusión embebida;

Sin que llegues á probar
En tu fúlgida niñez,
El veneno del pesar,
Que fuerza el alma á llorar
Como el sauce y el ciprés.

RIMA.

Noticia tan terrible, no extrañeza

Causó á mi corazón:

Sorprendióme un momento la tristeza,

Mas luego con orgullo y entereza

Recobré la razón.

Recordé que las rosas ¡ay! las rosas,

Deshoja el vendaval;

Y que siempre, aun las tiernas y olorosas,

Ocultan tras sus hojas cautelosas

Una espina fatal.

Entonces comprendí que no debía

Entregarme al dolor:

Huyó la pena y vino la alegría. . . .

¿Por qué gemir ni odiar si el alma mía

Buscó, necia, esa flor?

A MARIA.

Aunque aumentes mis penas con enojos
Tú vivirás en la memoria mía,
Como la flor que vierte su ambrosía
En un campo de míseros despojos.

No importa, no, que de tus labios rojos
La hiel me ofrezcas desdeñosa y fría,
Porque constante en mi tenaz porfia
Mis turbios ojos mirarán tus ojos.

Yo lidiaré por ablandar la roca
Que tu desdén opone á mi ternura,
Hasta morir con mi esperanza loca;

O conquistar triunfante en mi locura
Una sonrisa de tu dulce boca,
Impregnada de amor y de dulzura.

ADIOS!

A M. TERESA.

Think of me where'er you be,
Though many miles apart;
Others may have my company
But you may have my heart.

(1)

Adiós! adiós! si mi contraria suerte
En otras playas ó en la mar talvez,
Me obliga, niña, mísero á perderte,
Sin el consuelo de volver á verte,
De hinojos á tus piés;

O si impelido por el viento helado
De la ansiedad continua y del afán,
No encuentro dónde reposar, cansado,
Ni un sér amigo que me dé apiadado
Las migas de su pan;

¿ Recordarás entonces, hermosa mía,
Al pobre desterrado de tu amor ?

XVI.

Empapará una lágrima, María,
Al saber esa historia tan sombría
Tu rostro encantador ?

Ay ! déjame pensar por un instante
En el momento mismo de partir,
Que hay algún ser que mi destino errante
Llora con tierno corazón amante,
Porque sabe sentir.

Deja por Dios á mi ternura ; oh niña !
Acariciar esa ilusión de amor,
Antes que deje el prado y la campiña
Y que mi frente pálida se enña
La toca del dolor.

Adios ! adios ! lejos de tí no espero
Un bálsamo encontrar á mi aflixió ;
Pues sin tu luz, bellissimo lucero,
Sólo tendrá un acento lastimero
Mi herido corazón.

VOLVED A MI !

Oh! dulce edad de los sueños,
De los delirios sin fin,
En que es el mundo un jardín
De placeres halagüenos !

Volved á poblar mi mente
De imágenes seductoras:
Volved á llenar mis horas
De los perfumes de oriente !
Venid rasgad en mi frente,
Con tu brillante esplendor,
Las nieblas de mi dolor;
Venid á darme la mano
Para ascender, soberano,
A los cielos del amor.

Venid de nuevo á llenar
El manantial de mi vida,
Con el agua bendecida
De la dicha sin pesar.

XVIII.

Dejadla vuelva á cruzar
Tranquila sobre las flores
Murmurando sus amores;
Y dejad que en su raudal,
Como en límpido cristal,
Pinte el amor sus colores.

Llegad, oh sueños, llegad,
Y en gracioso torbellino
Las sombras de mi destino
En mil luceros cambiad:
Volved de nuevo, y dejad
Que tome al fin á beber
En la copa del placer;
Que mi alma desfallecida
Quiere volver á la vida
Amando á alguna mujer;

Pero amarla con locura,
Con delirio y embriaguez;
De hinojos en mi altivez
En pago de su ternura.
Delirar con su hermosura,
Seguir en pos de su huella;

XIX.

Ambicionando para ella,
Donde brille cual ninguna,
Un alcázar en la luna
Y un palacio en cada estrella.....

Oh dulce y sencilla edad
De los delirios y amores,
Venid y sembrad de flores
Mi luctuosa soledad !

CRUELDAD.

—:o<o:—

Te ví más bella que la luz del día
Desde oscura prisión.
¡Fué el instante más cruel de mi tormento!
Pues lo que no logró la tiranía
Tu mirada lo obtuvo en un momento:
¡Aumentar la aflicción
Que me causan los grillos y cadenas,
Y en estas horas de trizeza llenas
Poner ay! en tortura el pensamiento
Y preso el corazón!.....



0000150124